Las losas de la vida

Ángeles Caballero levanta en 'Los parques de atracciones también cierran' una noria de emociones

Tino Pertierra

«Allá por mayo o junio como muy tarde la casa entraba en una nueva fase de criogenización gracias al aire acondicionado, tu invento favorito de todos los tiempos. Fue tu regalo de boda cuando me casé. Viniste al que iba a ser mi nuevo hogar y me dijiste: 'En este último piso os vais a asar. Os regalo el aire'». (Pagina 18).

Podría Ángeles Caballero ponerse «pomposa y profunda y explicar las mil y una motivaciones que me han llevado a escribir 'Los parques de atracciones también cierran', las referencias culturales que me han traído hasta aquí, los espejos en los que me he mirado, pero estaría mintiendo. Nace del amor a mi familia y a todos aquellos que me han acompañado durante un tiempo muy concreto de mi vida, esos más de cinco años en los que cambiaron los roles y la pequeña de la casa se convirtió en la cabeza de familia, y pasé de ser hija a madre de mis padres»

Y nace también «del narcisismo, de la necesidad de contar y de que alguien pueda sentirse identificado con esa época por la que han pasado y pasarán muchos. De esa vanidad que procuro tener contenida pero que calienta el ánimo cuando alguien te dice: 'Has puesto palabras a todo lo que yo también he sentido'. De la urgencia de la catarsis, de soltar lastre y sentimiento de culpa cuando la enfermedad y la vejez llegan al hogar en el que una se ha criado y las analíticas y las salas de espera lo fagocitan todo. De decir: 'Hicimos lo que pudimos, y no estuvo mal del todo'. Y dar las gracias y decir que vendrán otros y lo harán mejor, pero también infinitamente peor».

Ha escrito las páginas de su libro «muchas veces en mi cabeza, pero sólo ahora he sido capaz de teclearlas de verdad. Cuando ha pasado tiempo, cuando el duelo brota solo de vez en cuando, cuando hay muchas más luces que sombras. Cuando he llorado más de risa que de pena y cuando he tenido la seguridad de que haciéndolo no le dolería a nadie. Porque en cada familia hay cientos de cosas por contar, pero una sabe qué guardarse dentro. 'Qué necesidad, Mari', diría mi madre, por lo que no he querido compartir con los lectores. Bastante me he desnudado ya en este parque de atracciones».

Ha procurado «ser honesta conmigo misma, no hacerme trampas. Plasmar en cada párrafo el mismo estilo en el que estaría contando esta historia en la barra de cualquier bar con alguien que me diera cuartelillo. Es un lenguaje coloquial, ligero, sin solemnidad, que son adjetivos que yo aplico a mi forma de afrontar la vida. Con poca épica pero con mucho sentido del humor, ese arma infalible para esquivar las lágrimas y también para tapar carencias».

Ha sido un regalo cuidar a sus padres, «como lo es poder haber tenido tiempo para escribir este libro». Y ahora, un deseo: «Espero que les guste». Pasen y lean.

G. Macrae
El discípulo escocés de Simenon

Impedimenta publica 'El accidente en la A35', donde el magnético Macrae Burnet recupera al personaje del inspector Gorski para investigar la muerte de un influyente abogado en la Francia de provincias

José Vicente Rodríguez

■ Los lectores españoles leímos por primera vez al escocés Graeme Macrae Burnet (Kilmarnock, 1967) hace cinco años con la publicación de 'Un plan sangriento', una cruda historia ambientada en el siglo XIX en la que se relataba un crimen ficticio disfrazado hábilmente como la reconstrucción de un suceso histórico real (el tan de moda true crime). Su gran impacto motivó a la editorial Impedimenta a seguir publicando la obra de este escritor de estilo hipnótico, tramas desconcertantes y un fino (y retorcido) humor negro que remiten a un relato de suspense mucho más en la melancólica tradición de Simenon que de la novela clásica de misterio en sí. Todo ello acompañado de ciertos aires existencialistas con evidentes ecos de Sartre y dilemas morales que remiten a los grandes autores de la literatura rusa. Llegaron así en estos últimos años 'La desaparición de Adéle Bedeau' (una intriga en la Francia de provincias) y 'Caso clínico' (otra obra de suspense, ambientada en este caso en el lisérgico Londres de los años 60).

La única novela que quedaba pendiente era la que ahora destaca Impedimenta, 'El accidente en la A35', concebida como una especie de secuela de 'La desaparición de Adéle Bedeau', al estar de nuevo ambientada en la pequeña localidad francesa de Sant-Louis, en la frontera, y el tener otra vez como coprotagonista al inspector Georges Gorski, el policía que en la anterior novela se encargaba de investigar aquel caso.

La trama de este nuevo libro arranca con la muerte de Bertrand Barthelme, un influyente abogado de la ciudad, en un accidente de tráfico nocturno en la carretera A-35. Aunque nada parece indicar que la muerte no haya sido accidental, lo raro del asunto es el hecho de que el fallecido estuviera en ese momento en la carretera, ya que era martes, y ese día siempre cenaba en Saint-Louis con algunos conocidos. O al menos, eso le decía a su familia cuando se ausentaba esa noche todas las semanas. Gorski, a instancias de la viuda, tratará de arrojar luz sobre el asunto, aunque se verá también envuelto en otro crimen ocurrido en la cercana Estrasburgo. Sin embargo, Raymond Barthelme, el hijo adolescente del difunto, emprende una investigación por su cuenta tras encontrar un intrigante papel en el despacho de su padre (con el que tenía una relación bastante fría).

Alternando las andanzas de Gorski por un lado y las del joven Barthelme por el otro, el libro plantea una historia que se cuece a fuego lento y donde Macrae Burton vuelve a recrear de forma magnífica la vida de unos personajes anodinos en una ciudad donde, bajo un halo de aburrimiento y apacibilidad, se esconden secretos, angustias y decepciones tras la puerta de muchos de sus hogares. Gorski, por ejemplo, es un jefe de policía eficaz pero profesionalmente estancado y empina el codo mucho más de la cuenta. En la comisaría no le tienen mucho aprecio y su esposa, Céline, acaba de dejarlo, por lo que su investigación sobre la muerte del abogado se mezcla con una constante visita a bares y restaurantes donde come (y bebe) rumiando su triste sino.

En cuanto al joven Raymond, el polvorín de hormonas que es la adolescencia lo tiene sumido en un fase bastante confusa, así que investigar el caso le sirve de válvula de escape. Las atolondradas andanzas del chaval (por lo errático del comportamiento juvenil) arrancarán en más de una ocasión la sonrisa del lector, aunque el cáustico humor de Macrae Burton siempre tiene un trasfondo algo amargo. Finalmente, Raymond logrará desvelar el secreto que escondía su padre, aunque en las novelas de Macrae, como suele decirse a propósito de variadas cuestiones, importa mucho más el viaje que el destino.

Macrae, además, disfruta con la ambigüedad entre realidad y ficción. En el anterior libro, 'La desaparición de Adéle Bedeau', planteaba en un curioso epílogo, a modo de juego metaliterario, que la obra era en realidad la única novela publicada en vida por un tal Raymond Brunet antes de suicidarse. Ahora, en el prólogo de 'El accidente en la A35', se mantiene el juego afirmando que Brunet dejó ocultos, antes de su muerte, dos manuscritos. Uno es esta novela ¿Y el otro? Como pista, les diremos que en la web de Macrae ya se anuncia para este 2024 la publicación de una nueva entrega del inspector Gorski.

GRAEME MACRAE BURNET
El accidente en la A35
Editorial: Impedimenta
Traducción: Alicia Frieyro
305 pp; 23,90 €